

La lucha por el relato marcará los años venideros tras la desaparición de la banda

ETA ya es historia, ¿pero qué historia?

LUIS R. AIZPEOLEA, **San Sebastián**
La banda terrorista ETA, tras su fracaso y disolución y ante un abrumador rechazo social, intentará contar lo ocurrido a su manera y justificar sus crímenes aprovechando la ignorancia de mu-

chos y las ganas de olvidar de casi todos. Será una batalla democrática clave en los próximos años, junto al reconocimiento completo a las víctimas y la cuestión de los presos, tanto su aproximación como su reinserción. **PÁGINAS 20 Y 21**

La batalla por contar la historia, el reconocimiento a las víctimas y la reinserción de los presos serán cuestiones clave en los próximos años

ETA ha desaparecido. Y ahora, ¿qué?

LUIS R. AIZPEOLEA, San Sebastián Maixabel Lasa, viuda de Juan María Jáuregui —ex gobernador civil de Gipuzkoa asesinado por ETA—, y primera directora de la Oficina de Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco, afirma en la película *El fin de ETA* que, tras la disolución de la banda, lo más importante es el relato que se va a legar a las futuras generaciones. Y señala que en él debe quedar claro que el terrorismo de ETA no tuvo justificación alguna y que sus víctimas lo fueron injustamente.

La prueba de la importancia del relato está en el propio comportamiento de ETA, que, en el comunicado del pasado 20 de abril, el anterior a su desaparición el jueves, otorgó especial relevancia a la justificación de su trayectoria terrorista desde sus inicios en 1961, en la dictadura franquista, hasta su final, el 20 de octubre de 2011, cuando en España ya se disfrutaba de casi cuatro décadas de democracia.

Con su tesis del “conflicto”, cuyo origen sitúa en el bombardeo de Gernika en 1937 por la aviación nazi con la autorización de Franco, en plena Guerra Civil, pretende justificar sus 854 asesinatos, el 93% de los cuales fueron cometidos durante la Transición y la democracia. Por eso, Maixabel Lasa insiste en que es fundamental que las generaciones jóvenes conozcan la verdad —que ETA no tuvo justificación alguna— para que la historia no se repita.

La batalla del relato. Tras la disolución de ETA, una de las cuestiones clave en Euskadi será, por tanto, la batalla por el relato. Primero porque son muchas las personas que quieren olvidar. Un informe del Euskobarómetro, publicado hace unos meses, señalaba que casi la mitad de los vascos consultados (el 44%) quiere pasar página, frente a un 43% que se decanta por cultivar la memoria de lo ocurrido durante los años del terrorismo.

Existe también mucho desconocimiento entre las jóvenes generaciones vascas de lo sucedido en los años de plomo. Una encuesta de la Universidad de Deusto publicada el pasado octubre señalaba que el 50% de sus universitarios desconocía la matanza del Hipercor de Barcelona, de junio de 1987, la mayor de la historia de ETA, que dejó 21 muertos. Otro 40% no sabía quién fue Miguel Ángel Blanco, el concejal del PP de Ermua (Bizkaia) cuyo secuestro y asesinato por ETA en julio de 1997 originó el mayor levantamiento civil contra el terrorismo etarra; y otro 58% ignoraba la existencia de los GAL, los grupos que llevaron a cabo la guerra sucia contra la banda.

La cara positiva de la encuesta es que el rechazo a ETA era abrumador: sólo un 2% de los jóvenes la justificaba, y la inmensa mayoría —un 83%— consideraba que las víctimas del terrorismo merecen reconocimiento público y memoria. Asimismo, una gran mayoría de estudiantes deseaba ampliar sus



“YA NO HAY EXCUSA”. Dirigentes de Sortu y antiguos responsables de Batasuna se citaron ayer en El Peine del Viento, en San Sebastián, para leer una declaración en la que sostienen que, “a partir de ahora, ya nadie podrá utilizar la continuidad de ETA como excusa” y piden acabar con “todas” las violencias. / G. E. (EFE)

conocimientos sobre un tema del que subrayaban que no se aborda en los libros de texto ni en las tertulias familiares.

Las instituciones democráticas tienen clara la importancia del relato. El País Vasco cuenta con dos centros dedicados a la memoria, de reciente creación: Gogora, impulsado por el Gobierno vasco en Bilbao y dedicado a la memoria de la Guerra Civil, la represión franquista y el terrorismo (ETA y guerra sucia); y el Centro Memorial de Víctimas del Terrorismo, impulsado por el Gobierno central en Vitoria, dedicado exclusivamente al terrorismo. Ambos cen-

Solo el 43% de los vascos pide cultivar la memoria de lo ocurrido

Entre los jóvenes, el rechazo a la banda es abrumador, pero también la ignorancia

tros, que parten del planteamiento básico común de que el terrorismo etarra no tuvo justificación, pese a la represión franquista y la guerra sucia, también injustificables, están obligados a entenderse en aras de un relato democrático.

Frente a ellos está el relato que hace la izquierda *abertzale* en línea con el del comunicado de ETA del 20 de abril. Gaizka Fernández Soldevilla, jefe de investigación del Centro Memorial de Víctimas del Terrorismo, señala: “Los publicistas de la izquierda *abertzale* consideran que ETA fue una respuesta armada al Estado por la inva-

sión española. Cualquier tergiversación de la historia es peligrosa. Pero esta es especialmente grave porque pretende justificar en parte los crímenes de ETA”. Soldevilla añade que “hay toda una industria de la memoria, gracias a un entramado de asociaciones que, a pesar de su escasa calidad y partidismo, tienen una notable difusión en las redes sociales, respaldo de los medios de comunicación, editoriales, audiovisuales, red de librerías, etcétera”.

Autocrítica de la izquierda ‘abertzale’. La memoria es una batalla que se mantendrá en Euskadi a largo plazo. Una memoria ajustada a la realidad de lo sucedido es necesaria para la convivencia. Gorka Landáburu, periodista y víctima de ETA, suele decir: “Tenemos que pasar página. Tenemos que favorecer la convivencia. Pero antes de pasar la página hay que leerla bien”. En la tarea de facilitar la convivencia, Bildu, la representación política de la izquierda *abertzale*, tiene mucha responsabilidad. Desde el cese definitivo del terrorismo, en 2011, la sociedad vasca y los partidos que la representan, excepto Bildu, han dado un salto muy importante en el reconocimiento a las víctimas y la memoria crítica del terrorismo, situándolas en el centro del debate. La petición de perdón del lehendakari Iñigo Urkullu, hace tres años, a las víctimas, en nombre de las instituciones vascas, por no haber estado a la altura en los años de plomo le dio un importante impulso.

La dinámica política vasca ha empujado a Bildu a dar algunos pasos, como su presencia en homenajes a víctimas de ETA; por ejemplo, en el de Miguel Ángel Blanco en Ermua, el pasado julio, y en el de Isaías Carrasco en Mondragón, recientemente. Una presencia impensable en el pasado. El secretario de Paz y Convivencia del Gobierno vasco, Jonan Fernández, está convencido de que, desaparecida ETA, Bildu avanzará en “la dirección de reconocer el daño injusto causado por el terrorismo”. Cree, también, que el comunicado de la banda del 20 de abril, en el que por vez primera muestra su “dolor” por las víctimas, ofrece su “respeto” a todas y pide perdón a las que lo fueron “accidentalmente”, es “tan solo un punto de partida” para Bildu.

A su vez, algunas víctimas del terrorismo a veces acompañadas de etarras arrepentidos, también están contribuyendo a la convivencia con su presencia en las aulas en las que, a través de sus testimonios, tratan de que los estudiantes conozcan lo injustificado del terrorismo en Euskadi, el daño que ha hecho a las familias, para superar el odio y que no se vuelva a repetir.

La política penitenciaria. La izquierda *abertzale* sabe también que “su reconocimiento del daño injusto causado a las víctimas va a facilitar la decisión de los jueces en favor de una aplicación más flexible de la legislación penitenciaria a los presos

de ETA”, considera Jonan Fernández.

ETA desaparece dejando a casi 300 presos en las cárceles —242 en España, 51 en Francia y uno en Portugal, según los datos de Interior— y esa herencia la recoge Bildu. Aproximadamente, el 90% de los presos encarcelados en España está en primer grado (el más duro, que impide el acceso a permisos) y la mitad ha solicitado el cambio de grado, denegado hasta ahora por la Administración penitenciaria con el argumento de que ETA no ha desaparecido.

Muchos analistas coinciden en que la banda ha decidido desaparecer, precisamente, cuando ha comprendido que su existencia era un obstáculo para mejorar la situación de sus presos, pues el Gobierno del PP había condicionado el cambio en su política penitenciaria a la disolución de la organización. Es el mismo argumento que Mariano Rajoy ha dado a las peticiones reiteradas del lehendakari Urkullu tras el cese definitivo del terrorismo en 2011.

El Gobierno central ya ha anunciado que estudiará “caso a caso” cada petición de acercamiento a las cárceles vascas y cambios de grado por parte de los presos, a los que exigirá que cumplan “los requisitos legales”. Amaia Fernández, secretaria general del PP vasco, señala recientemente que “la desapa-



Un grupo de niños pasa en 2016 junto a Gogora, el centro de la memoria creado por el Gobierno vasco. / J.H.

rición de ETA no generará un acercamiento automático de presos a las cárceles vascas” pues “la revisión caso por caso necesitará tiempo”. La izquierda *abertzale* ya ha asumido que el proceso será lento.

El lehendakari Iñigo Urkullu señalaba el pasado miércoles a EL PAÍS que, una vez desaparecida ETA, el Ejecutivo de Rajoy debe cumplir sus promesas del pasado de que la disolución de la banda acarrearía la revisión de la política penitenciaria. Urkullu considera que

El Gobierno ha dicho que estudiará “caso a caso” la situación de los reclusos

Mucha gente corriente se negó a mirar a otra parte ante el terrorismo

Rajoy no tiene excusas, ahora, para plantearse el acercamiento de presos a las cárceles vascas y aplicar la política penitenciaria de modo más flexible (cambios de grado, beneficios penitenciarios, etcétera) sin necesidad de cambiar la ley. La reinserción de los presos de ETA es la otra cara de la convivencia en Euskadi.

Guerra sucia, niños y héroes civiles. El terrorismo de ETA, por la cantidad de víctimas que generó y por su impacto en la

sociedad vasca, está en el centro de las responsabilidades. Pero, en el recuento final del terrorismo, no puede obviarse la existencia de la guerra sucia de ciertos sectores del Estado —desaparecida a mediados los años ochenta—, con decenas de asesinatos. Más del 60% de estos casos está pendiente de esclarecer. Asimismo, las víctimas de la guerra sucia y de abusos policiales no están teniendo, en algunos casos, un tratamiento por parte de la Administración similar al de las víctimas de ETA.

Los niños, los hijos de los asesinados, son, generalmente, los que más han sufrido las consecuencias del terrorismo y no tienen visibilidad. Lo suelen tener acogidos, en muchos casos, hermanos, y en algunos, menos, viudas. Los niños son los grandes olvidados.

Además del reconocimiento a las víctimas del terrorismo, las instituciones deben plantearse el reconocimiento a los que puede denominarse “héroes de la sociedad civil”. El reciente homenaje de las instituciones gipuzkoanas a la Librería Lagun, que resistió al franquismo y a ETA, y el de los empresarios vascos por parte del Ejecutivo autónomo, es un buen comienzo.

En Euskadi hubo bastante gente corriente, más de la que se dice, que no miró a otra parte y se enfrentó a ETA.